

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos
del ancho mundo por la incierta vía,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

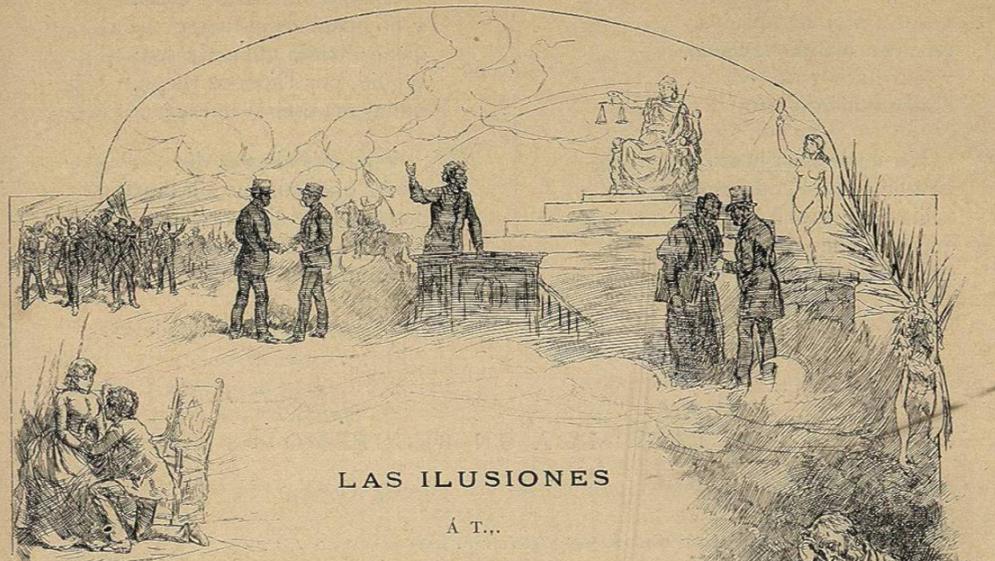
Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,

dadme el perdón si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,
cual monumento á vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mía
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.



LAS ILUSIONES

Á T...

Salud, claras centellas
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastráis, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre á mi vecinas.

Y ya que, uno por uno,
tal vencéis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno,

Por beneficio tanto,
dejad que sin pesares
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares;
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traéis al alma mía
con amoroso empeño,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templáis la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renováis las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte,
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó ligeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brío
vuestra morada esquivá
cruce en blando extravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mío.

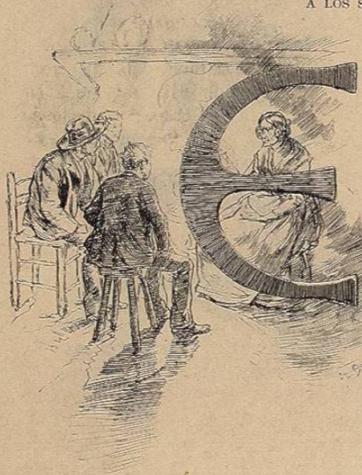
No separéis la mano
en que feliz me aduerto,
cuidad con pecho humano
que más que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apaguéis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
presagios de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantilenas mías.

UNA LAGRIMA A UN RECUERDO (1)

Á LOS SRES. D. JOSÉ SAFONT Y D. MARIANO BARRIO



RA una tarde sombría.
El aquilón rebramando
nuestras cabañas hería.» —
Así á sus hijos decía
una matrona llorando.

«Hender un canto la esfera
se oía plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que sólo de muertes era
vago preludio aquel canto!»

— Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

«Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
segúan con dulce estruendo
en vago son confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

»Y estaba azotando impío
el aquilón la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
ví una carroza ligera
ganar las ondas del río.

(1) En la tarde del 24 de febrero de 1841, murieron ahogados en el río Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. JOSÉ SAFONT y su esposa D.^a MARIA CLAVIJO, acompañados de sus padres DON JOSÉ y D.^a ROSA LLUG, D.^a ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de D. MARIANO BARRIO, una niña de siete años, hija de éstos,

tos, y otros varios amigos y parientes. Sólo D. JOSÉ SAFONT (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, después de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en unión de tan queridos objetos. Está por demás advertir que esta composición ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

» ¡Amaina, zagal! dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores,
entre las algas se hundieron.

» ¡Ay!! con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huída
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

» Vierais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
un triste adiós á sus almas.

» Y al ver á una madre en tanto
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto
presa infeliz de tal duelo.»

— Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

«A vueltas de mi extravío,
oí con triste lamento

gritar: ¡Adiós, amor mío!
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río.

» Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una infiel mano impelía,
y al ver á la esposa hacía
exequias á su esperanza.

» ¡Adiós! el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y, ¡para siempre!! gritando
seguida, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

» ¡Y cuál su dolor sería,
cuando él en trance tan fuerte
á su esposa ¡Adiós! decía,
y ella ¡Adiós! le respondía
desde el umbral de la muerte!

» ¡Ay! cuando en tropel se hundieron,
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?»

— ¿Qué lástima el verlos
ahondarse sería!
— ¡Cuánto ¡ay! llenaría,
vagando, el confín!!
— ¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
— Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

A ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazón llagado!
¿El ánimo doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el arpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
¡la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

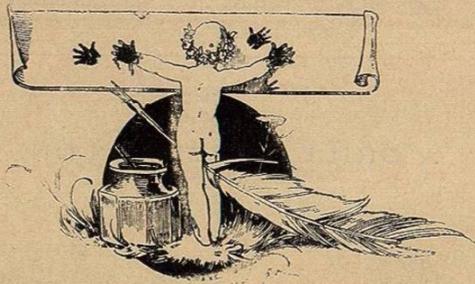
Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.



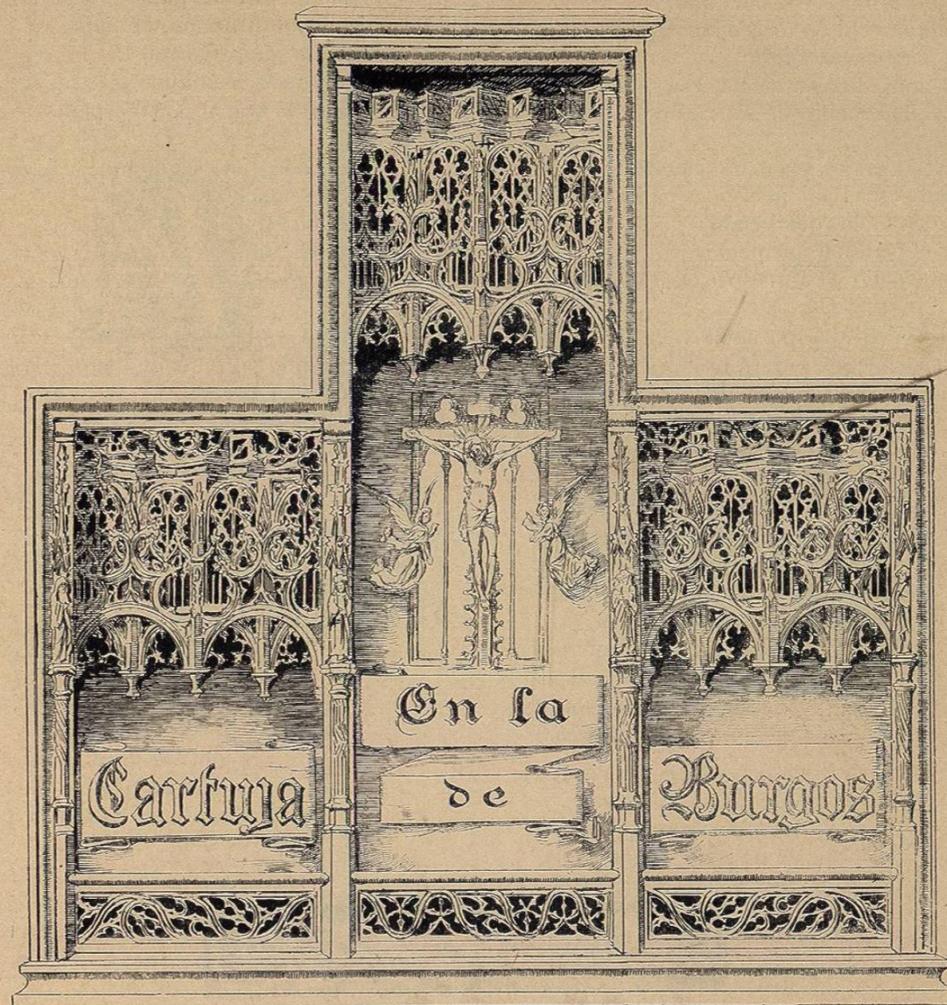
¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus antenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de língas tan serenas!

Llebadme, ondas queridas,
por vuestro raudó y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto más caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llebadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.



A B...

O-a.

Paso á la imbecil plebe
que, detestando en su abyección la gloria,
tiende su brazo aleve,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la orfandad derrama?
«¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
odie la grey que *libertad* proclama.»

Vengan, pues que perjura
la *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura
á esa falange impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos;
sólo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

Míralos ya, alma mía,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí, do ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las tuyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ru n canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil generación que nos rodea.



Y si en el trance impío
al ver mis ojos destrucción tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

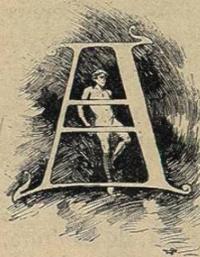
Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos,
¿en qué altares, con mística porfía,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ¡ay! del alma mía!

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA. — Á P...



v del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguía al árbol mirando
con afición importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

— ¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! pese á tu amor, repara,
en tus delicias extremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mío,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oído
más que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si á torrentes bramando
el agua va por las cuestas,
los mármoles desquiciando,
en su furor trasportando
los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas,
donde las flores más puras
eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
en amorosos cantares,
no has de olvidar si pudieres
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdón llega tarde! —